



*El embrujo del*  
**MERLOT**

LISA DICKENSON

**TITANIA**

The logo for TITANIA features a large, stylized letter 'T' on the left. The top horizontal bar of the 'T' is composed of several parallel horizontal lines. The vertical stem of the 'T' is solid black. To the right of the 'T', the word 'TITANIA' is written in a classic, all-caps serif font.

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: You Had Me at Merlot!

Traducción: Laura Fernández Nogales

1.ª edición Abril 2015

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2015 by Lisa Dickenson

All Rights Reserved

Copyright © 2015 de la traducción by Laura Fernández Nogales

© 2015 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.titania.org](http://www.titania.org)

[atencion@titania.org](mailto:atencion@titania.org)

Depósito Legal: B 7504-2015

ISBN EPUB: 978-84-9944-854-1

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

# Contenido

Portadilla  
Créditos  
Primera parte  
Segunda parte  
Tercera parte  
Cuarta parte  
Epílogo  
Agradecimientos

## Primera parte

Lo he conseguido! —Crucé mi pequeño apartamento con los tacones puestos mientras mi respiración se normalizaba—. Lo he logrado seis años después, por fin he perfeccionado la coreografía de *Single Ladies*.

—Enhorabuena —me felicitó Laurie por teléfono—. ¿Eso significa que aún no has salido de casa?

—No pienso echarme novio ahora. No puedo desperdiciar tantas horas de trabajo duro —le advertí.

—Me parece muy bien, no tienes por qué encontrar novio hoy, pero lo que sí podrías hacer es coger el metro y venir a Wimbledon.

—¿Tú ya estás ahí?

—No ando lejos. Venga, quítate esos *leggings*...

«¿Cómo lo sabe?»

—...y mete tu apestoso culo en la ducha.

Colgué el teléfono y me quité los *leggings* sudados y los tacones; estaba encantada con mi logro personal. Canturreé y bailé hasta mi fantástica ducha en cascada de mi precioso baño turquesa donde en seguida percibí el dulce aroma de todos mis productos femeninos: nunca había estado tan contenta de vivir sola. Luego me puse un vestido y abrí las cortinas como si no hubiera estado haciendo nada raro.

—Buenos días —les dije a los elegantes transeúntes de Notting Hill—. ¿Qué tal por el crematorio esta mañana?

El metro se detuvo con un traqueteo y escupió otra bocanada de cuerpos al andén mientras dos hilillos de sudor resbalaban por la parte posterior de mis piernas. Fue muy *sexy*. No creo que hiciera tanto calor en Londres desde el gran incendio de 1666. Los habitantes de la enardecida

da ciudad caían como moscas y paseaban sus caras amargadas por toda la línea de metro de *Circle line*.

A mí me gusta que haga calor en Londres, cuanto más abrasador, mejor. Me encanta ver cómo la idea preconcebida de las hordas de turistas que esperan llegar aquí y encontrarse una Inglaterra lluviosa, se disipa succionada por una ráfaga de brisa cálida que se lleva nuestros clásicos cielos nublados y grises para descubrir un techo de brillante azul celeste.

Y no hay nada que le guste más a un británico que sentarse bajo el sol del mediodía al primer indicio de verano, motivo por el cual me uní a cientos de personas en su peregrinaje anual a Wimbledon para ver el comienzo del torneo. Mi amiga Laurie es fotógrafa de eventos, y eso se traduce en excelentes localidades para los mejores espectáculos. Y como yo soy la pareja más estable que tiene, casi siempre me apunto.

Levanté del suelo la falda de mi maxi vestido para ventilarme los tobillos. Había visto a Paris Hilton con un vestido similar en el festival de Coachella de ese año y pensé que sería perfecto para Wimbledon, pero al ver los conjuntitos de Jack Wills y Ralph Lauren de los demás pasajeros, me sentí un poco ridícula con mi vestido desteñido.

Por fin las puertas se abrieron en Southfields y salimos todos al andén. Seguí a la multitud durante los quince minutos de paseo hasta llegar a las famosas pistas de tenis.

Cuando entré en el All England Lawn Tennis and Croquet Club, Laurie se abalanzó sobre mí hecha una maraña de cámaras, bolsas, *merchandising* y pelo negro enredado.

—¡Elle! ¡Acabo de ver a Venus Williams saliendo del lavabo! —me gritó a modo de saludo.

—¿Estás segura? Yo creo que tendrá su propio baño en los vestuarios.

Laurie meditó mis palabras.

—Bueno, le he sacado una foto, podemos comprobarlo después. Si no es ella, entonces tengo una fotografía de una chica imponente saliendo de un lavabo.

—¿Qué has comprado? —El piso de Laurie estaba lleno hasta los topes de recuerdos de todos los sitios donde ha estado. Es la única persona que conozco capaz de llevarse cualquier cosa de los carísimos puestos de *merchandising* de los conciertos, o que compra los albornoces, toallas y jaboneras en las tiendas de regalos de los hoteles, en lugar de robarlos de la habitación como hace todo el mundo.

—De todo. He conseguido camisetas, lápices y muñequeras —dijo colocándome una de esas pulseras acolchadas en la muñeca.

Hicimos una parada técnica en un puesto de fresas y en el bar antes de trasladar todos los trastos de Laurie hasta la pista central y acomodarnos en los asientos de plástico verdes. Las montañas de nata amenazaban con desprenderse de nuestras fresas y aterrizar sobre la cabeza del espectador que teníamos delante salpicándolo todo, y la espuma que coronaba nuestros vasos de plástico llenos de cerveza se derramaba sobre mis chanclas. No me di cuenta de que faltaba alguien hasta que no vi el asiento vacío que teníamos al lado.

—Un momento, ¿dónde está Tim?

—¡No me puedo creer que haya olvidado decírtelo! —exclamó Laurie—. Hemos cortado.

—¡Yo tampoco me puedo creer que te hayas olvidado!

—Bueno, era un tío demasiado fácil de olvidar. Tú misma lo acabas de corroborar.

Nos dimos un momento para lamentar la pérdida de Tim, que realmente era una persona fácil de olvidar, tanto que yo solía olvidar su nombre a menudo cuando salíamos y no dejaba de llamarle «querido».

—¿Qué ha pasado?

—Era incapaz de imaginarme saliendo con él dentro de dos años, por no hablar de envejecer a su lado. Era muy majo y todo eso, en realidad era un hombre muy agradable, y me habría encantado sentir algo más, pero todo era un poco aburrido. Así que rompí con él.

Entonces los espectadores empezaron a sisear para hacerse callar los unos a los otros mientras los jugadores, relucientes hombres que estrenaban en pantalones cortos de color blanco, ocupaban sus puestos a ambos extremos de la pista. Engullimos nuestras jugosas fresas mientras observábamos a esos caballeros sudorosos correteando a ambos lados de la red, lanzando sus pelotas de un lado a otro —por decirlo de alguna manera—, y acompañando sus movimientos con primitivos rugidos, cosa que me volvió a hacer pensar en las relaciones.

—¿Estás triste? —susurré.

—No. Sólo estoy decepcionada de que no haya salido bien, otra vez.

—A las chicas no les va a gustar nada este contratiempo —la regañé. «Las chicas» son el grupo de amigas que se fue formando durante nuestros años de universidad. Somos un conjunto de personalidades opuestas que se atraen entre sí. A excepción de Laurie y yo, todas han

madurado y ya se han casado, tienen una hipoteca o se han unido al club del bebé. Y no paran de intentar abducirnos.

—Y que lo digas. Cuando Tim y yo quedamos para tomar algo con Jasmine hace algunas semanas, no dejó de proponernos ideas de lugares a los que ir de luna de miel. La verdad es que... —Laurie hizo una pausa y suspiró en sus fresas con nata—. No quiero seguir saliendo con hombres sin llegar a sentir nunca que de verdad estoy unida a alguien.

—Te entiendo —la tranquilicé. Pero no la entendía. A mí me parecía que todo eso requería demasiado esfuerzo. Me costaba pensar en estar unida a alguien, que ese alguien se viniera a vivir a mi casa, tener que decidir entre los dos la película que íbamos a ver y lo que íbamos a cenar, incluso recordar que si pensaba quedarme a trabajar hasta tarde, tendría que avisar a «mi otra mitad». Me cansaba el mero hecho de imaginarlo.

—No quiero tener la sensación de estar actuando —dijo Laurie poco después.

—Ya.

—No quiero tener la sensación de que siempre soy la dama de honor.

—Pero tú nunca has sido la dama de honor de nadie. La verdad es que es muy divertido. Te sientes súper importante.

—Sólo quiero sentir...

—¿Qué?

—Amor. Necesito un poco de *love*.

—*LOVE!* —bramó el juez de silla desde la pista.

—¡Déjame en paz! —le gritó Laurie, y luego se escondió detrás de la cámara cuando unas veinte personas se volvieron para sisearle.

Nos acomodamos para ver el partido. Las bolas de color amarillo fosforescente cruzaban el cielo azul para después ser golpeadas con un rugido de vuelta al lugar del que procedían. Me moría por volver a prestarle toda mi atención a Laurie, me preocupaba que estuviera allí sentada sufriendo en silencio. Por fin se hizo un parón en el juego y un creciente murmullo se adueñó de las gradas.

—Voy a dejar de buscar pareja por Internet, ¿sabes? —dijo Laurie volviéndose hacia mí y alargando la lengua hasta el fondo del cuenco para lamer la nata.

—¿Ah sí? ¿De verdad vas a pasar de los tíos y te vas a unir a mi club de solteronas felices?

—De eso nada. Sólo digo que voy a hacer las cosas a la antigua. Quiero conocer a alguien en persona.

—Eso suena bien. ¿Y te vas a apuntar a un gimnasio o algo así?

—No, no. No vamos a hacer nada de eso. —Laurie me sonrió poniendo su cara de «tengo una idea»—. Tengo una idea. Y es una idea tan buena que quiero que vengas conmigo. Creo que nos merecemos unas vacaciones.

—¡Oooo, sí! Me encantan las vacaciones. Y ya hace mucho tiempo que no voy a ningún sitio. ¿Adónde podemos ir? ¿A Cancún? ¿Grecia? ¿Otra vez a Tailandia? —le pregunté alzando las cejas.

—Bueno, en realidad ya he elegido el destino, pero creo que te va a encantar.

—Oh.

—Sujeta esto. —Laurie me dio su plato de fresas vacío lleno de babas y se agachó para coger el bolso que tenía entre las piernas. Después de una búsqueda muy poco femenina, cogió la cerveza y se tragó lo que quedaba para darme también el vaso vacío. Entonces sacó un fino y brillante folleto y se lo colocó sobre el regazo posando las manos encima de él. En la portada y por entre sus dedos, pude ver una enorme y reluciente copa de vino sobre el soleado paisaje de un viñedo. Interesante. La verdad es que adoro el vino y el sol.

El público vitoreó y Laurie levantó las manos para aplaudir como si supiera lo que estaba ocurriendo en la pista, y entonces pude leer el título del folleto.

—Vacaciones El embrujo del Merlot —leí—. ¿Qué clase de vacaciones son esas?

—Son unas vacaciones en un viñedo de Italia.

—Suena bien. Un poco de tinto, un poco de blanco, una siesta bajo el sol...

—Y algunas carantoñas con un hombre «con mucho cuerpo».

—¿Qué?

—Nada. Bueno, es que es un viaje en grupo.

—¿Como una excursión guiada?

—No, es más bien una oportunidad para conocer otras personas en un sitio donde se hacen actividades con más gente.

Vi cómo uno de los jugadores se vaciaba una botella de agua por encima para el regocijo de una de las mujeres del palco real.

—Entonces, ¿hay que relacionarse con los demás huéspedes?

—Es bastante inevitable.

—Pero qué clase de... ¿Son unas vacaciones para solteros? —siseé.

—Sí, pero tengo muchas ganas de ir y me encantaría que vinieras conmigo.

—Ni de coña.

—Por favor, Elle. Será muy divertido.

—Pero es que no quiero.

—¿Por qué no?

—Pues porque... ¿El embrujo del Merlot? Suena muy estúpido. —  
Le quité el folleto—. Estará lleno de ligones empalagosos y nos obligarán a participar en juegos con bebidas de esos subiditos de tono.

Pero al pasar las páginas vi fotos de amaneceres sobre pueblos medievales, colinas cubiertas de viñedos y deliciosos platos italianos; ni rastro de sadomasoquistas enmascarados ni de la discomóvil.

—Siempre estás hablando de lo mucho que te gusta estar soltera. ¿Por qué no quieres hacer unas vacaciones para solteros?

—¡Porque el objetivo de unas vacaciones para solteros es conocer potenciales parejas!

—Supongo que...

—¿O es que sólo va de echar un polvo bajo el sol?

—No, va de lo otro. Bueno, quizá también haya parte de lo segundo. Pero esto no son unas vacaciones para jovencitos, Elle, es una propuesta para gente con clase. Como tú. —Tiré de mi sudoroso brazo y me miró. En sus ojos vi lo inevitable: acabaría aceptando.

—No puedo dejar el trabajo.

—Claro que sí. Este año aún no has hecho vacaciones.

—¿No podemos irnos a Cancún?

—Te prometo que iremos el año que viene.

Suspiré.

—¿Y qué voy a hacer yo? ¿Hay algo en lo que yo pueda ocupar el tiempo mientras tú sondeas el mercado?

—Hay un montón de cosas que hacer. —Abrió el folleto por una página en la que se veía una sonriente pareja de mediana edad apoyada contra una hilera de Vespas. Tras ellos se extendían los tonos terracota del inmenso viñedo de la Bella Notte—. Puedes recoger uva, pasear, alquilar una Vespa y visitar los alrededores. O te puedes limitar a catar todos los vinos y quedarte dormida al sol.

Mi amiga es irritante. Es como si tuviera un chip incorporado capaz de detectar todos mis puntos débiles, que además sabe perfectamente como atacar. Laurie acabó logrando que me planteara su proposición tentándome con la idea de dormir al sol y una interminable hilera de copas de vino. Supongo que se puede decir que me embrujó con el Merlot. Cielo santo, ¿en qué me estaba metiendo?

A finales de la semana siguiente la oficina se preparaba para cerrar sus puertas antes de lo habitual. Iban a fumigar debido a una invasión de moscas de la fruta (gracias a alguna adicta al régimen de contabilidad apasionada de los zumos de frutas). Yo había quedado con las chicas — Jasmine, Helen, Emma y Laurie—, para tomar una copa junto al río. Cuando llegó la última integrante del grupo, Marie, que venía acompañada de su estrujable bebé Daisy, el hielo de la primera ronda ya se estaba derritiendo.

—Hace tanto calor que no deja de salirme leche de los pezones.

Dejé de beber mi White Russian, un cóctel delicioso que se prepara con vodka, licor con sabor a café y nata líquida.

—¿Fabrican leche cuando tienes calor? ¿Eso es normal? ¿Y qué hacen las mujeres que viven en países como Tunisia? —preguntó Laurie pegándose el botellín de cerveza a la frente sudorosa.

—Creo que mi cuerpo está intentando encontrar cualquier forma posible de refrigerarse. Ayer al mediodía acabé encaramándome sobre la piscina infantil porque chorreaban como las cataratas Timotei. —Se quedó mirando mi coctel—. Quiero tu alcohol.

—Claro. —Deslicé la bebida lechosa por la mesa.

—¡No! —Jasmine me dio una palmada en la mano mirándome con cara de «no tienes ni idea de lo que significa ser madre»—. Lo estás haciendo muy bien. Ya te queda poco.

—Sólo quiero un poco de vino. Sólo cuatro enormes copas de vino. —Rebuscó a tientas su zumo de naranja incapaz de ver la mesa por culpa de sus enormes pechos—. Dios, ¡estas protuberancias son ridículas!

—Pues yo creo que tienes unas tetas fantásticas —dijo Laurie con envidia.

—Pronto las tendrás. Tim te va a dejar embarazada en seguida.

Volví a coger el White Russian. Allá vamos.

—No, Tim y yo hemos roto.

Se hizo un coro de «oh-no» y las cuatro ladearon la cabeza hacia la derecha.

—¿Por qué? —preguntó Jasmine personalmente ofendida—. Era tu media naranja.

—Que va —dije—. Tampoco le gustaba tanto.

—Pero yo creía que os ibais a casar.

—Tampoco llevábamos tanto tiempo juntos.

—Habría sido un gran padre —suspiró Emma, y las demás asintieron con lástima.

—No pasa nada. Elle y yo tenemos un nuevo plan. —Laurie rebuscó en su bolso y sacó el folleto—. Nos vamos a ir a unas vacaciones para solteros.

Gritos de euforia.

—Para solteros pijos —aclaré—. A un viñedo de la Toscana a catar vinos y cosas así.

—¡Las vacaciones se llaman El embrujo del Merlot! —dijo Laurie con orgullo. Las chicas se rieron.

—Vaya, ¿desde cuándo sirven membrillo con el vino? ¡Qué empalagoso! —bromeó Jasmine. Marie se rió con tantas ganas que le empezó a salir leche otra vez y tuvo que pedirle a Emma que cogiera a Daisy.

—El viñedo se llama Bella Notte.

Era muy consciente de que me estaba enfadando, cosa que era ridícula teniendo en cuenta que yo había reaccionado exactamente igual que ellas, pero me molestaba ver cómo se metían con las primeras vacaciones que iba a disfrutar en mucho tiempo.

—Qué bonito —dijo Marie—. Os imagino a las dos mirando las estrellas y bailando el mambo con los *signores* felizmente ebrias de vino. ¿Os vais a besuquear con alguien? —Se le nublaron los ojos mientras viajaba a nuestro embriagador mundo de soltería.

—Yo sí. —Laurie levantó la mano.

—¿De verdad? ¿Con lengua? —susurró Helen.

—Pero ¿es que hay alguien que no se bese con lengua? ¿Acaso no es lo normal? ¿Es que la gente se besa diferente hoy en día? —preguntó Jasmine mirándonos en busca de respuestas.

—No lo sé. Yo no me beso con nadie —respondí.

—Pues deberías. —Helen clavó su copa de vino en la mesa—. ¿No crees que sería una grosería no hacerlo durante unas vacaciones para solteros? ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—No creo que sea la clase de vacaciones para solteros donde la gente va a apuntarse tantos. Imagino que lo más probable es que sea un grupo de solteros mayores, no un grupo de jovencitos. Es posible que seamos las más jóvenes de todos.

—Los hombres mayores pueden ser muy estimulantes —dijo Helen que tenía un marido más joven que ella—. Mirad a George Clooney.

—Un momento —intervino Emma—. George Clooney vive en Italia, suele estar soltero y es mayor. Quizás esté allí.

—¡Seguro que estará! —exclamó Helen—. ¡Te vas a casar con George Clooney!

—No. George está comprometido. Pero aunque no lo estuviera, aunque estuviera dispuesta a tener un rollo de verano si él quisiera, no creo que ni Laurie ni yo vayamos a volver de estas vacaciones con planes de boda.

—Sin embargo, esta escapadita tiene algo. Eso de estar en un lugar exótico sin tener que fregar platos...

—Y tomar una copa de vino tras otra —añadió Marie.

—...te predispone al romance. Brian se declaró después de tomarse cinco Bahama Mamas en Barbados.

—Ellie se me declaró a los pies del monte Snowdon —dijo Emma.

—¿A los pies?

—Cuando llegó el momento no teníamos ganas de subir. Pero estábamos de vacaciones. Mi amiga Claudia se lleva a Nick a Nueva Zelanda la semana que viene, seguro que vuelven comprometidos.

—Pero tú hablas de parejas estables. Yo no tengo ninguna intención de pasar por la vicaria en breve. —Jasmine y Marie intercambiaron una mirada, cosa que me enfureció todavía más. Yo me conozco más de lo que me conocen ellas. ¿Por qué pensaban que sólo podía ser feliz siendo como ellas? Yo no era soltera porque nadie me quisiera, ni porque transmitiera demasiadas vibraciones de desesperación, ni por ese rollo de que no encontraría un hombre hasta que dejara de buscarlo, y no, papá, tampoco porque fuera lesbiana. Era porque me gustaba mi vida, me encantaba llegar a mi piso y poder ser yo misma y aprender coreografías; yo había elegido ser soltera. Y estaba empezando a cansarme de tener que justificarme ante todo el mundo. Evidentemente este pequeño discurso no me salió como pretendía y en su lugar balbuceé como una adolescente deprimida—: No pienso abandonar mi vida por la idea que la sociedad pueda tener del que debería ser mi señor Don Perfecto. Es lo que hay.

—Yo me alegro de no tener que ir nunca más a ningunas vacaciones para solteros —suspiró Jasmine.

—No es que tengamos que ir, es que queremos ir. —Laurie sonrió y abrió el folleto por una página donde se veía una enorme fotografía de una chica subida a una Vespa con el sol italiano reflejado en las gafas de sol—. ¿Cómo podríamos no querer ir?

—Exacto —dije—. A veces es agradable irse de vacaciones sabiendo que no habrá parejas y niños por todas partes.

—Hablando de las vacaciones de los niños —dijo Jasmine—. ¿Alguien sabe dónde puedo comprar buenos pañales orgánicos de viaje?

Como habréis visto en facebook, ayer por la noche Max estrenó su orinal y fue lo más adorable que he visto en mi vida, pero nos vamos a...

Soy una mala amiga, pero confieso que desconecté. Miré por detrás de las chicas, clavé los ojos en la arquitectura blanca del Old Royal Naval College y me pregunté si algún día querría volver a la universidad o si me apetecería alistarme a la marina. Luego pensé en ese vídeo de YouTube protagonizado por un gato vestido de tiburón dando vueltas por la casa de alguien subido a un Roomba. Eso sí que era lo más adorable que había visto en mi vida. No creo que un niño meando en un cubo tenga ni punto de comparación.

La semana anterior a mis vacaciones, la oficina parecía más ajetreada que de costumbre, si es que eso era posible. Tenía pendientes un millón de cabos sueltos que quería dejar bien atados y un millón de «tonterías» que mis compañeros querían que hiciera antes de marcharme. Yo odiaba decir que no podía hacer algo, así que siempre decía que sí. Pero a veces me daban ganas de echarme a llorar. Para mí no conseguir salir adelante no era una opción.

Soy una de las tres gerentes de marketing de una agencia de relaciones públicas de la City, y aquella mañana había llegado a la oficina a las ocho menos diez. A las dos y media necesitaba estirar las piernas porque no había pasado de los lavabos y de la máquina de café en todo el día. Por eso decidí pasearme un poco por delante del despacho de Donna.

Donna es nuestra directora ejecutiva y algo así como mi ídolo, aunque nunca le he dicho mucho más que «hola», «sí, me encanta trabajar aquí» y un «en realidad me llamo Elle». Pero es una mujer, la única mujer que está cerca de la cima de la empresa, y algún día yo también quiero estar ahí con ella, por lo que necesitaba darme a conocer.

Me atusé el pelo, cogí un archivador, aunque no tenía ni idea de lo que había dentro, y bajé a su planta con la intención de pasearme por delante de su despacho.

Esto es lo que yo esperaba que pasara:

*Paso por delante del despacho de Donna con seguridad y profesionalidad y ella levanta la cabeza.*

—¿Elle?

—Ah, hola —le digo entrando en su despacho—. ¿Cómo está tu hija?